

Aritmética parlamentaria

JUAN-MANUEL GARCÍA RAMOS

Quizá en el fondo de toda la crisis de Estado que padece la España de nuestros días ande una equivocación general. Acaso todos nos hemos defraudado a nosotros mismos depositando nuestra confianza en una democracia basada solo y exclusivamente en las estructuras partidistas; en una democracia sin la denominación de origen de un período constituyente que tal vez nos hubiera acercado con más luces a un modelo político donde la ciudadanía no se encontrara tan alejada de sus representantes públicos.

La comparecencia el pasado lunes ante los medios de comunicación del vicepresidente del Gobierno, Narcís Serra, en el epicentro de un país desgarrado por la desconfianza cívica en sus instituciones, en primerísimo lugar de su Poder Ejecutivo, ha sido uno de los ejercicios de cinismo y de desprecio de los más elementales principios democráticos.

Serra, tras su entrevista con Jordi Pujol, nos hizo saber a todos que la aritmética parlamentaria permitía al PSOE seguir adelante en las tareas de Gobierno, por encima, pero sobre todo por debajo, de la cadena de zancadillas puestas por ese mismo Gobierno a los más significativos poderes públicos y del consiguiente colapso político generado en la sociedad española.

Serra era la persona idónea para confrontar ante la opinión pública dos realidades: la de los hechos —vergonzosos, al menos hasta que no se aclaren— y la de las matemáticas de la representación en el Congreso de los Diputados del PSOE y CiU.

El voto a las listas cerradas de los partidos, las correcciones caprichosas de la Ley D'hont y la seducción hipócrita de campañas electorales sufragadas muchas veces con dineros inconfesables, nos conducen, una vez más, a un divorcio temerario: el de la ciudadanía y el de sus representantes gubernamentales.

Con su voz indolegable, personas como Antonio García-Trevijano nos siguen denunciando que la sociedad española postfranquista nunca se pronunció directamente sobre qué sistema de Gobierno elegía. Esa voluntad del pueblo fue secuestrada por un apañeo de partidos deshilachados del cajón de sastre del Movimiento y de una oposición trasquilada y anquilosada por las décadas de lejanía del Poder. De pronto nos vimos dando nuestro consentimiento a una Monarquía parlamentaria que hoy, verdaderamente, es más parlamentaria que Monarquía.

¿Cómo ha podido tardar tanto el Rey en llamar a Felipe González para pedirle explicaciones ante todo el pueblo español de lo que ha estado pasando durante las últimas semanas, y dejar claro ante ese pueblo, ante el Ejecutivo, el Poder Legislativo y el Poder Judicial, que aquí hay un jefe de Estado entre cuyas funciones se encuentra la de velar por el buen funcionamiento del engranaje que nos garantiza la convivencia y el reparto equitativo de derechos y deberes?

¿Cómo es eso que “si me apoyan los catalanes de

Pujol y de Roca aquí no pasa nada”? Todo dicho con la voz beatífica de un Narcís Serra en el papel más infame del reciente esperpento nacional, con Roldán en la cabecera del reparto pronunciando esas palabras capaces de conmover todas las estructuras del Estado: “No me van a engañar como a Amedo”. Su “ser o no ser” shakespeariano en esta corte de los milagros.

A base de corroer paulatinamente los principios que conforman las reglas de juego democrático, van a terminar por destruir el mismo principio de legitimidad de ese sistema de Gobierno.

Sin mucho esfuerzo, presentimos la larga distancia que existe entre la implantación de una democracia —con el pobre y oscuro prólogo constituyente de la española— y su consolidación definitiva.

El periódico “El Mundo” no solo está a punto de acabar con un Gobierno, un partido, una ideología, sino de recordarnos a todos que la casa de la democracia española la empezamos por el tejado. La voluntad popular está depositada en las sedes de los partidos, en sus estructuras orgánicas y, en ocasiones como la que nos referimos, en su “compinchaje” para sumar mayorías abochornantes, pero legitimadas para demostrarnos que todo es blanco, cuando todo, en realidad, se ha vuelto negro.

El día de la entrevista de Roldán publicada por el diario dirigido por Pedro J. Ramírez, entré a varios estancos para adquirir un ejemplar. Por supuesto, en las primeras horas de la mañana, la edición se encontraba agotada. Pero me sorprendió sobremanera que a las puertas de esos puntos de venta se iban arracimando hombres y mujeres con sus periódicos del día bajo el brazo y algo ansiosos por anticiparse al dueño del negocio a la hora de anunciarnos que “El Mundo” había desaparecido. Esa complicidad vecinal me recordó los días siguientes a la asonada del “23 F”. Ese nerviosismo colectivo, esa sensación de disgusto generalizado y de hambre de noticias frescas y de auténticas reacciones.

Escribo con cierta antelación este artículo y quizá cuando aparezca publicado el escenario de la actualidad española haya sufrido variaciones. No me gustaría contribuir con mis argumentos a crear más confusión de la ya sembrada por una prensa convertida hace un par de semanas en el primer Poder efectivo de nuestra debilitada democracia. Pero todo tiene un límite y ese límite ha sido sobrepasado.

La mayoría que se trajo Serra de su entrevista con Pujol no podrá distraernos de lo que desgraciadamente ha ocurrido tras doce años de Gobierno socialista. Ni esa mayoría vergonzante, ni la falta de energía del Partido Popular para presentar una moción de censura al Gobierno de Felipe González, incluso para perderla. Hay derrotas que dignifican, como hay victorias que no convencen ni a los mismos que las obtienen.

Esta vez hemos perdido todos.